

RADIESTESISTA, CURA Y DIAGNOSTICO DEL CANCER

Esteban Kovacsik
Rua Eurico 86, Vila Facchini
São Paulo

por el doctor MIGUEL A. AIMO

Así reza la tarjeta que Stefan, como lo conocen cariñosamente en el suburbio de San Pablo donde vive, me entregó al despedirme, rubricando una firme amistad que sólo me otorgó después de convenirse de la seriedad de mis propósitos. Pero empezamos por el principio.

Soy cirujano. Hace dos años extirpé un riñón a un enfermo aquejado de cáncer; su estado era muy grave, pues el mal había avanzado mucho; durante el trámite quirúrgico puede apreciar que la dolencia trascendía los límites de operabilidad. El diagnóstico que comuniqué de inmediato a la familia fue definitivamente pesimista.

A los seis meses de la intervención se cumplió infortunadamente mi vaticinio. En un examen de rutina, descubrí que su afección regresaba por sus fueros en forma avasalladora como acostumbran a hacer las neoplasias cuando recidivan después de una agresión qui-

rúrgica. Un inmenso tumor había crecido en el abdomen, mientras que los exámenes y análisis confirmaron nuestros temores. El cáncer definitivamente, estaba terminando con nuestro enfermo.

Por supuesto que no dejamos nada por hacer: bomba de cobalto, citostáticos y todo lo que la ciencia médica indica, fue empleado convenientemente. La enfermedad no cedió en absoluto.

Fue entonces cuando su hijo, un joven universitario muy sensato me formuló una pregunta:

—¿Qué le parece doctor si lo llevo al Brasil?

—Llévalo hijo —fue mi respuesta—. Yo quizá haría lo mismo.— Reconocí confesando mi absoluta impotencia.

Esto ocurrió hace un año. Durante dos meses no tuve noticias del enfermo y en verdad no las esperaba. Bastante desconcertado quedé, pues, cuando padre e hijo se presentaron en mi consultorio,

y después de saludarme afectuosamente, me solicitaron un examen de control.

Allí vacilaron mis convicciones más profundas. Lo incomprensible se había producido; el enfermo que, científicamente, no tenía posibilidad alguna de curación estaba sano. El tumor había desaparecido, el color rosado de su cutis, sus movimientos enérgicos y su alegría de vivir, me convencieron de que estaba en presencia de algo así como un milagro que para la ciencia médica era incomprensible. Ya que mi paciente estaba sano, trabajaba y ni se acordaba de su antigua enfermedad.

Así pasaron doce meses. El hijo de mi ex enfermo, muy entusiasmado, reclamaba mi visita a San Pablo a efectos de conseguir la droga milagrosa, pero mis ocupaciones me impedían hacerlo. Quizá no lo hubiera hecho nunca, si el terrible flagelo no hubiese herido a un ser muy allegado a mí, manifestándose súbitamente en forma tan grave y extendido que excluía cualquier posibilidad quirúrgica.

EL VIAJE

El día 25 de diciembre de 1969, un avión me depositaba en el aeropuerto de Congonhas y el 26 en compañía de un pariente de mi antiguo enfermo, que vivía en San Pablo, emprendí un complicado viaje por los suburbios de la gran ciudad, hasta que un cartel que decía Rua Eurico puso fin a nuestra búsqueda.

Golpeamos las manos en la puerta de una casa humilde pero digna, y la esposa de nuestro hombre apareció rogándonos esperar, pues él estaba con un enfermo.

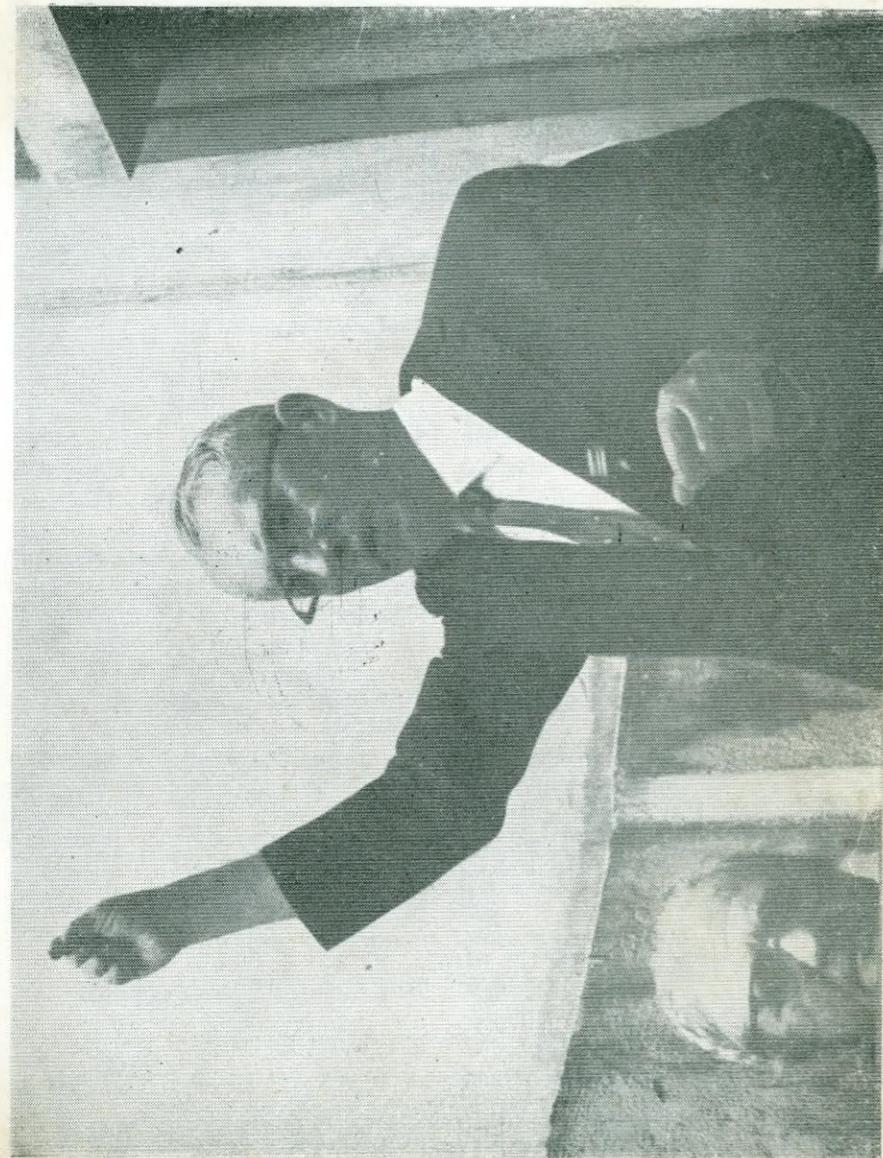
Minutos después, Stefan me fue presentado; era un caballero de estatura algo menos que mediana, fuerte contextura, sin ser obeso, cabellos blancos y cortos, cara fresca y joven. Según supe después, pasaba la sesentena. Tenía un gesto adusto y sonrisa rara, detalles que no incidieron en la cortés hospitalidad con que nos acogió.

Al explicar su método, dijo que era radiestesista, cuando tomaba su pequeño péndulo, éste, súbitamente adquiere vida y describe en el aire complicadas figuras sin que los dedos que lo sostienen se muevan ni una fracción de milímetro.

Nos confesó que los causantes del cáncer eran virus, y aclaró que él no diagnosticaba con su péndulo la presencia, el tamaño o ubicación del tumor. Solamente exponía la presencia de una neoplasia, localizada en una zona que él mismo desconocía. Esto no revestía importancia, dado su tratamiento que consiste en la administración de una droga descubierta por él, luego de innumerables ensayos.

No le inquietaban los actuales

Esteban Kovacsik hace una demostración con el péndulo. Con este instrumento determina si los virus que causan el cáncer, según él, son aún activos o ya han dejado de ser un peligro para el paciente.



recursos de diagnóstico. ¿Qué le podía aportar de nuevo la radiografía si en ocasiones le demostraba la existencia de un tumor ya no peligroso porque sus gérmenes estaban muertos?

Desde el punto de vista médico a veces es difícil hacer el diagnóstico de la enfermedad, ya que la localización de la dolencia es imposible; tampoco esto tenía importancia para él: su péndulo detectaba la dolencia y él no curaba el efecto, sino la causa; actuaba así sin quebraderos de cabeza.

Tiene un amplio fichero prolijo y al día. El testimonio in vivo de numerosos enfermos, unido a la certidumbre de un caso por mí tratado y por él curado me hicieron mirar con respeto este método sin asidero científico alguno. Sus resultados son testimoniados por las personas que llegan para expresar su agradecimiento a este hom-

bre tan desinteresado, que vive casi pobremente, cuando podría cobrar sumas millonarias por su tratamiento.

Seis horas estuve con él, y durante ese tiempo me interiorizó de toda su técnica; me explicó detalladamente y paso a paso su sistema. Me dio la droga, sus indicaciones y su amistad. Al final me entregó también la fórmula a cambio de mi promesa de guardarla en secreto hasta que él me autorizara a revelarla.

Voy a probarla en nuestra patria. La dirección de la Revista "Conocimiento de la Nueva Era", al tanto de mi viaje a San Pablo me pidió un relato. Lo realizo con todo afecto. No habrá nuevos artículos al respecto a través de estos medios de comunicación. La experiencia seguirá los rigurosos cauces científicos, y de tener resultado, los lectores se enterarán por los conductos especializados.

COMPLEMENTO DE LA SEGUNDA PARTE DE "CURACIONES ESPIRITUALES EN EL BRASIL"

No fue posible incluir en el presente número todo el material preparado para esta segunda parte. Tal circunstancia nos obliga a publicar en la próxima edición de "CONOCIMIENTO de la Nueva Era", correspondiente al mes de junio de 1970. Reserve desde ya su ejemplar (\$ 1,20; exterior U\$S. 0,40). Contendrá además de sus tópicos habituales, las siguientes notas del Brasil:

Una sensación descubrimiento de Luiz Muzio Ambrasio, confirmado por pruebas de laboratorio: la picadura de abeja produce el cáncer.

Das notas de Delia Linares: En los dominios del mago de la faca, sobre Arigó y otra sobre la tenda de Pai Jerónimo, "Caminheiros da Verdade" y una notable experiencia de materialización en el Santuario de Frei Luiz.

Un milagro por televisión. La vida y las curaciones de una de las más famosas médiums sanadoras del Brasil, Isaltina Cavalcanti.

La "Fraternidad Hermano José Grosos". La vida de don Jerry Labbate.

Las yerbas curativas de Brasil, por Ceiso Rosa.

Imprescindible cooperación del enfermo, por Raque Jacinto.

Tres excepcionales relatos del comisario de policía Dr. Rafael Ranieri.